

RELACION CAPITAL-TRABAJO: SECTOR INDUSTRIAL. (*trabajo asalariado*)

EL TRABAJO

“La revista Social”, 14 de marzo de 1873

Es arraigada la convicción en algunos de que sobran brazos para trabajar; es decir, hay exceso de población en el mundo comparando las fuentes de producción con el consumo de sus habitantes.

Estas ideas, que podríamos denominar teorías de Malthus, a ser ciertas, a no constituir irrisorios sofismas, nos conducirían indudablemente al suicidio, a matar a nuestros propios hijos al punto de venir al mundo, para evitarnos el horroroso espectáculo de verlos perecer extenuados por su desnudez y miseria. ¡Como si el globo estuviera todo recorrido, todo habitado en la tierra y en el mar! ¿Ignoran esos sofistas por ventura que nuestro globo diariamente nos está demostrando sus tesoros inagotables?

La historia del género humano cuenta ya los años por miles, y la mar y la tierra están vírgenes; es decir, no se explotan ni se extraen sus grandes elementos de consumo. La agricultura, las industrias marítima, manufacturera y comercial, yacen todavía en la infancia. Basta investigar algo de nuestro pasado para deducir cuál podrá ser la suerte de las generaciones venideras.

En efecto, si meditamos sobre la vida, las costumbres y ocupación del hombre en las primitivas edades, veremos que la miseria data de la aparición del hombre, y cuanto más antigua, es más horrorosa y de más fatales consecuencias. El hombre era tan pobre, tan miserable, que no tenía pan ni abrigo. Desnudo y aferrado a las ramas de los árboles, estaba en continua lucha con las fieras para poder alimentarse con silvestres frutos. Ni la pesca ni los productos de la agricultura bastaban a satisfacer las necesidades públicas; por lo cual fue preciso formular preceptos que obligaban a sacrificar los padres, al ser inútiles para el trabajo, por manos de sus propios hijos. Aquellas bárbaras costumbres han sufrido varias modificaciones, en la sucesión de los siglos, y han tendido en sentido menos cruel y más humanitario, a medida que ha adelantado la civilización; y, por consiguiente, ha aumentado la especie humana, pero de tal suerte que la abundancia y las comodidades *están* en relación y armonía con el aumento de población.

Hoy, gracias a un destello de luz que viene a iluminar nuestra mente, no hay que recurrir a tan vituperables medios para amortiguar los padecimientos humanos; sólo la buena administración en el trabajo y en el consumo sería lo suficiente para cortar de raíz la lepra social que nos atormenta.

El proletariado en masa está sufriendo una lenta agonía que acaba por hundirle en la tumba a la flor de su vida, a causa de no poder alimentarse como demandan sus redoblados ejercicios; mientras que las clases no productoras revientan de plétora por estar excesivamente alimentados.

En sentido inverso de la alimentación está el ejercicio. La clase obrera trabaja 12, 14, 16 y hasta 20 horas, mientras que las otras clases no trabajan ninguna, ó, lo que es peor, si trabajan lo hacen en cosas improductivas ó en la destrucción. Díganlo la nobleza y alta aristocracia con sus palacios, sus jardines, sus deslumbrantes trajes, sus lujosos trenes, sus numerosos pajes y lacayos. Hablen por nosotros tanto banquete, tanto juego, tanta disipación en las *capas*

superiores de la sociedad, y hablen también la burguesía ó clase media derrochando en la ociosidad la sangre del trabajador, y hablen, finalmente, la empleomanía y el militarismo, trabajando sin producir nada la primera, y trabajando destruyendo mucho el último.

Todas estas faltas, estos crímenes, desaparecerán el día que la estadística esté arreglada, el día que la nueva ciencia administrativa esté en su mayor apogeo, el día de la emancipación de los trabajadores, por los trabajadores mismos.

Aparecen los economistas, legisladores de la sociedad moderna. Roberto Owen señala unas cuatro horas por jornada de trabajo para cada trabajador: lo restante hasta las veinticuatro que tiene el día es para descansar e instruirse. Posteriormente aparecen nuevos economistas, y señalan como a término de regeneración social la extirpación de los privilegios y la supresión de las clases improductivas, convirtiendo a todos los individuos en miembros de la masa productora universal. Un paso más y la Revolución se hace, el *milagro* se verifica.

Falta definir convenientemente la palabra trabajador u obrero, determinar científicamente qué son trabajos útiles y qué son trabajos inútiles; falta que se complete la organización corporativa, federativa y solidaria de los oficios.

Hechas estas distinciones, y preparadas u organizadas debidamente las clases trabajadoras, el viejo edificio se derrumbará, y la nueva sociedad montará robustecida y regenerada sin que tal vez le precedan desastres sangrientos ni escenas espantosas.

Cuando la ciencia económica haya deslindado los campos, planteando socialmente las bases, frutó de sus trabajos analíticos, necesario será para un hombre todo el cínico descaro de que es capaz el ser más embrutecido,

para no trocar el arma destructora por el arado o martilló, ó sacudir el polvo de la holganza y ociosidad, para ir a engrosar el número de los trabajadores que le abrazarán como a otro de sus hermanos.

Hoy día al obrero se le hace sufrir de cuerpo y espíritu: encajonado en el taller o encerrado en la cuadra de la fábrica sin dejarle tiempo de reparar sus extenuadas fuerzas, ha de contemplar impasible cómo las clases privilegiadas derrochan el frutó de sus sufrimientos.

Y como si fuesen escasos sus personales trabajos ha de contar entre los compañeros de infortunio a su mujer y a sus tiernos hijos. La esposa destinada a las tareas domésticas, a la educación de la niñez y al arreglo de la casa; el niño a recibir las primeras nociones del derecho y deber de hombre y a formar su ser físico; los ve a ambos confundidos entre los adultos y compartir con ellos las faenas que requieren gran fuerza muscular... Esto francamente nos causa la mayor indignación contra el egoísta capital, cuyas tendencias son la explotación de lo más dignó, con tal pueda lograr su más rápido acrecentamiento; y cuando hay tantos trabajadores improductivos, tanto vagó, tanto holgazán que podrían ocupar pródigamente los puestos de la mujer y el niño obreros.

Y como si todo esto no constituyese ya una esclavitud, una continua tortura para el proletariado, reducido a condición un poco más ventajosa que la bestia de carga, hay que deplorar otra falta, otro defecto que viene a hacer más precaria nuestra miserable situación.

Por una coincidencia inexplicable hay la costumbre establecida de pagar más bajó preció la manó de obra de la mujer y del niño que la del adulto. Si esto se verificase con sólo las labores mal confeccionadas ó imperfectas sería menos injusto.

Hay mujeres y niños que tienen tal ligereza y tal práctica en las labores a que se dedican que el producto de sus brazos no desmerece en nada del de aquellos obreros encanecidos en la práctica de su oficio. De ahí, pues, esa competencia cruel de la mujer, y el niño contra el jornalero ó destajista, y la excesiva oferta de carne humana al capital explotador, cuya consecuencia inmediata son las crisis de trabajó que periódicamente vienen a constituir los forzosos paros a que está sometido el trabajador.

Queda, pues, sobradamente probado que no sobran brazos: lo que sobra, lo que hay en la sociedad presente, en el orden actual de cosas, es mala administración. Que todo el mundo trabaje, que todo el mundo llene higiénicamente sus necesidades, y veremos equilibrarse en la solidaridad del trabajó la producción y el consumo de un modo equitativo.

NOBLEZA DE TODO TRABAJO UTIL. OBLIGACION DE TRABAJAR

“La Revista social”, 2 de enero de 1874

El *derecho al trabajo* ha producido una querrela entre los economistas de diversas escuelas, que conviene a las clases productoras fijar en ella la atención, para disipar errores en que incurren hasta algunos hombres que se dicen amantes de los intereses del proletariado.

Es excusado consignar que los más decididos defensores del derecho **al** trabajo son los socialistas, y los contrarios a esa idea o principio son los economistas burgueses. Hay otros que para dar más buena impresión a esa idea cambian la frase de este modo: *derecho de trabajar*; es decir, que al consignar que el hombre tiene derecho a la vida, a la asistencia, etc., incluyen en estos derechos el derecho *de* trabajar.

Si el hombre tiene derecho de trabajar parece que se le reconoce la facultad de ceder aquel derecho, y si a todos los individuos se les antojase hacer la misma renuncia, el mundo se convertiría en un inmenso bazar de holgazanes, en consumidores, sin haber otro producto que la Naturaleza, siguiendo el impulso de su rutinaria ley.

Entregada la humanidad a la holganza, a la indolencia continua, ¿cumpliría su misión en la tierra, podría emprender la carrera del progreso, no se colocaría a igual posición que el irracional?

Tergiversemos, pues, la expresión; démosle otro giro, y todas estas dudas, todos estos reparos desaparecerán inmediatamente.

Todo individuo tiene el *deber de trabajar*; he ahí la frase, he ahí esclarecido el argumento.

Es una verdad que no admite reparo alguno; que el día que el trabajo y el trabajador ocupen el lugar que les corresponda en la familia y en la sociedad, el mundo habrá sufrido una metamorfosis radical en las cosas y en los individuos; el crimen humano no tendrá razón de ser, no existirá; y los progresos serán más rápidos y más excelentes. Para que el trabajo y los trabajadores reporten el bien que de ellos debe esperarse, es suficiente proclamar el derecho al trabajo, o prescribir a todos los hombres el deber de trabajar, destruyendo los privilegios.

Es necesario, además, estimular a los hombres, no sólo por la necesidad, sino también por el amor a la justicia; para que cumplan espontáneamente este deber.

En la manera de remunerar hoy el trabajo y de calificarle, según su naturaleza, hace que el trabajo se constituya en carga pesada, que además de fatigar al individuo le embrutece.

¿Cómo, pues, sería fácil esta emulación, este estímulo para que todo el mundo cumpliera con el deber de trabajar? Proclamando lo que podemos denominar: *la nobleza de todos los trabajos*. La materia que es asunto del presente artículo es más interesante de lo que a simple vista parece; es un problema trascendental que el obrero, sólo la colectividad de los trabajadores, tiene la aptitud y obligación de resolverlo bajo todos sus diferentes puntos de vista.

Hoy no lo ha hecho ya, no ha dilucidado esta cuestión, el obrero, porque los poderes autoritarios se lo han impedido, coartando las libertades, restringiendo los derechos, manteniendo la explotación.

Hasta el presente, merced a las trabas impuestas a los obreros, por todos los gobiernos del mundo, para que puedan mejorar las condiciones del trabajo y hacer que la producción sea menos onerosa y más universal, se carece de una estadística indispensable para regular los trabajos y uniformar toda especie de productos. La importancia de dicha estadística se gradúa con la carencia de recursos para la manutención del hombre, pues cuanto más grande es la crisis o necesidades vitales del individuo, tanto más necesaria es la estadística en todas las artes y oficios.

Por más que los partidarios del privilegio hayan sentado como la regla común que la remuneración del trabajo sea distinta y desigual, según la clase a que pertenezca, nadie nos podrá desmentir que los trabajos de utilidad a la masa común de los individuos son necesarios y, por consiguiente, dignos de remuneración igual en su valor intrínseco.

De lo contrario, la distinción que se hace del abogado al peón de albañil o del catedrático al trabajador del campo, divide hoy día las tareas en viles y honrosas y, por consiguiente, a los operarios que las desempeñan en privilegiados y esclavos u oprimidos.

Los abogados, que quieren ser de condición más distinguida que los demás, al tratar sobre la remuneración del trabajo proclaman la desigualdad de los salarios, apoyándose en que su carrera es más larga y dispendiosa, al paso que el aprendizaje de un albañil, por ejemplo, apenas reporta gasto alguno.

Las incomodidades y el riesgo de perder la vida a que cada día se exponen los albañiles es más interesante que todos los gastos que puede ocasionar una carrera. Y no nos vengan en que los riesgos de esta naturaleza están sólo en los albañiles, pues los obreros y obreras de las clases de vapor, y en todos los oficios, en todos los estamentos, el trabajador tiene en su herramienta un contrario que le amenaza a cada paso la fractura de un brazo o pierna, el daño o la pérdida de su miembro o de la vida.

Léanse si no las desgracias que diariamente acaecen entre los trabajadores, que los periódicos denuncian, y se verá que los abogados y demás *trabajadores* de bufete son harto injustos al considerarse más dignos de remuneración que los trabajadores mecánicos.

Aun prescindiendo de los riesgos que reporta el trabajar en talleres antihigiénicos, los andamios y tejados y el manejo de instrumentos mortíferos o dañinos a la seguridad individual, hay otra razón por la cual es justa la igualdad de los salarios en toda clase de oficios.

El pescador, el obrero agrícola, el picapedrero y otros oficios han de luchar con la inclemencia del tiempo y expuestos, por consiguiente, a sufrir crueles enfermedades. Los vientos helados de invierno, las humedades de la mañana y el sereno de la noche y los excesísimos calores de la canícula que sufren estos operarios en el campo o en descubierto no penetran en las oficinas o escritorios, defendidos por cristales y estufas en invierno, y esteras y

cortinas en verano para preservar las aberturas de comunicación de los rayos solares. Los lampistas, hojalateros, fundidores, pintores y tintoreros tienen otros inconvenientes: el cardenillo por una parte y por

otra el roce continuo con otros productos químicos propios del arte constituyen un veneno, si no tan activo como los otros, pernicioso para nuestra economía. Hay otros oficios, como el platero, el relojero, el sastre, el panadero, el impresor y el zapatero, que están sujetos o propicios a la tisis o acaban por perder la vista antes de llegar a la vejez, y hay otros, en fin, como el aserrador, el fajín, el colchonero y el blanqueador, que están sujetos a mil percances y a riesgo de perder la salud. Finalmente, para todos los asalariados el trabajo es intermitente y, de consiguiente, el salario es aventurado.

Por estas razones, pues, y por otras muchas que podríamos aducir en nuestro favor, preconizamos la *igualdad* en materia de remuneración de trabajos mientras que éstos sean considerados de pública utilidad.

¡Ojalá que estas ideas fuesen el patrimonio del pueblo entero, y que así como son una verdad teórica, se practicasen en toda suerte de trabajos, que la sociedad no tendría que operar tanta reforma y los obreros no irían tras la emancipación, porque estarían ya redimidos!

Resumiendo esta materia a su más simple expresión diremos:

Que así como el hombre es un agente consumidor, lo ha de ser de producto.

Que el mero hecho de ser un trabajo u operación útil a la colectividad, hace que todo trabajo sea noble, y, de consiguiente, merece ser retribuido intrínsecamente sin distinción de clase y sin calificación de superior o inferior.

Que la carencia de una estadística en todos los oficios y artes acarrea males sin cuento a la humanidad y que esta estadística no pueden realizarla otras clases de la sociedad que la clase obrera y, finalmente, que la privación, la tendencia coercitiva contra el trabajador en el ejercicio de sus derechos y libertades, que tienen los gobiernos de casi todas las naciones, es el mayor mal que pueda hacerse a las ideas regeneradoras, a los adelantos del siglo, a la moral, a la sociedad y a la familia.

Los abogados, en sus argumentos políticos y económicos, se creen de más buena condición que el peón de albañil, cuando una casa, tan necesaria a la vida del hombre, puede construirse sin el apoyo o cooperación del abogado y no sin la indispensable ayuda del ínfimo peón.

Conste que el oficio de abogado y el de todos aquellos que se entretienen en forjar leyes, no sólo son inútiles, sino perniciosos.

En una palabra, consideramos como inútiles trabajos, y que ningún valor tienen, los de los hombres que son funcionarios del Estado político, jurídico, autoritario, militar, capitalista y religioso.

Gran número, ciertamente, es el de los trabajadores inútiles que en la sociedad actual parece tienen razón de existir; pero que no la tendrán, no podrán vivir, en una sociedad organizada conforme a los eternos principios de la Justicia Social.

Aun hoy día es monstruosa, y a todas luces injusta, la desigualdad que reina en la remuneración del trabajo.

Todos los hombres que emplean sus fuerzas en bien de la humanidad, sea cualquiera su profesión, tienen cuando menos derecho a satisfacer completamente sus necesidades y las de su familia: la sociedad entera ha de velar para que esta necesidad y esta satisfacción y este humanitarismo se cumplan.

Predicar estas verdades para los privilegiados es predicar en desierto: no quieren oír la razón, no quieren ver la verdad.

Pero, dejémosles; y convenzámonos y organicémonos los trabajadores, de modo que podamos, cuanto más pronto mejor, hacerles escuchar, ver y practicar, la razón, la verdad, y la justicia por fuerza.

TRABAJOS ÚTILES

“La Revista social”, 25 de abril de 1873

Las palabras *trabajador u obrero* son difíciles de definir.

Hoy día todos se llaman trabajadores y lo son, efectivamente, si el trabajo consiste, según algunos, simplemente en el ejercicio de las facultades físicas o intelectuales; pero creemos que esos ejercicios deben tender a realizar el bien común para que constituyan un trabajo propiamente dicho.

Uno saca agua de un pozo para regar un campo, cuyos productos se destinan a la manutención de una o varias familias; o con este mismo objeto, estudia un plan de minas que una vez realizado fertilizará una comarca. En este caso, mecánicamente o por medio de la inteligencia, se realiza un trabajo verdadero, un trabajo *productivo*. Si el agua que saca la vuelve a arrojar al *pozo* sin hacer ningún uso de ella o sus trabajos intelectuales se encaminan sólo a pasar el tiempo, aquellos ejercicios pueden tal vez personalmente ser útiles para dar expansión a sus facultades, pero jamás servirán de nada al resto de los individuos. Ese trabajo, pues, puede denominarse *improductivo*.

Pero si los ejercicios en la explotación de aguas se dirigen, por ejemplo, a la inundación de plantas o sembrados para causarles danos o destruirlos, entonces se realiza un trabajo que no titubeamos en denominar *destrutivo*.

Aquéllos, que, como se ha manifestado, se llaman trabajadores u obreros, fúndanse en la definición genérica que dan los diccionarios, y se fundan bien en su manera de discurrir; todo es ejercicio, todo es trabajo y, por consiguiente, *todos* son trabajadores, *todos* son obreros, lo cual, guiados por esta misma tesis, nos da el resultado siguiente: es obrero el menestral, el labrador y todos los que se ocupan en la fabricación de toda clase de productos y explotación de todos los dones de la naturaleza; es obrero el profesor en la cátedra, lo es el abogado en el bufete, lo es el comerciante en el escritorio; y siguiendo de eslabón en eslabón y de tramo en tramo toda la escala social tendremos que el cura, el militar, el jugador, el salteador de caminos y el verdugo, son también obreros, son también trabajadores.

Aquí vendrá de molde, pues, distinguir y clasificar los obreros de la manera que arriba hemos insinuado, pues de lo contrario la razón, la lógica, el sentido común, nos privarían el colocar a un artesano agrícola junto a un militar y denominar a ambas clases productoras, como el entremezclar al tejedor y albañil entre el cura, el jugador, el pordiosero, etc., y llamar a todos obreros.

Es necesario siempre que los trabajos o la ocupación de una clase o corporación determinada convenga, moral o materialmente hablando, al mayor número de individuos de nuestra especie. Cuando la mayoría de los hombres digan llana y espontáneamente, y sea cierto, que la sociedad está bien organizada, que no necesita reformas ni cambios en el orden político ni económico, entonces no habrá inconveniente en contar como a obreros y, por consiguiente, como a clases productoras, a todos los hombres, porque estaremos emancipados. Pero hoy, que la conciencia universal de todo el pueblo sensato clama por la abolición del privilegio, por la igualdad de deberes y derechos y por la implantación de la justicia verdadera para los hombres de todos los pueblos y nacionalidades, sin distinción de color ni creencia; hoy, repetimos, es necesaria la clasificación de categorías entre los hombres de este modo: productores, improductores y destructores, como se ha dicho.

O simplemente de esta manera: productores y consumidores.

No se crea que al presentar esta cuestión y estudiarla bajo distintos puntos de vista, abriguemos la pretensión de pronunciar el fallo sobre la verdadera clasificación de los trabajos productivos e improductivos.

Si la farsa y la destrucción son justas, son legales y son convenientes para la humanidad, destrúyanse enhorabuena, engañese a todo el mundo y gócese interiormente de ello los farsantes y destructores; a nosotros, entre tanto, simples obreros, hambrientos parias, nos cabe la satisfacción de poder exclamar con la frente erguida:

Todo lo producimos, hasta el hierro que nos aprisiona y el yugo que nos oprime.

Aguzad el ingenio, clases privilegiadas, clases que nadáis en el oro y la abundancia; aguzad el ingenio inventando modas, buscando placeres y proporcionando gustos y comodidades a vuestro cuerpo.

¿No oís aquel lejano ruido que se confunde entre el galopar de vuestros caballos y la rotación del coche en vuestras carreras recreativas?

¿No veis aquellas columnas que vomitan el humo a grandes porciones y forman la atmósfera nebulosa como amenazando borrasca?

Pues son los vapores, son las fábricas, donde en grandes cuadras, especie de calabozos, yacen encerradas, sin la ventilación correspondiente, millares de personas que trabajan desde las seis de la mañana hasta entrada la noche sin apenas pararse para comer.

Esas personas son *felices* porque su conciencia está tranquila; no tienen remordimiento; se comen el pan negro con apetito porque saben es del producto de sus brazos.

Esos verdaderos obreros, esos hijos del trabajo, al retirarse a sus casas, concluida la tarea de su larga jornada, no exhalan un suspiro, no sueltan una imprecación, ni una queja de *envidia* contra los que se solazan en el teatro, a pesar de que el ruido de las orquestas viene a herirles los oídos en la oscuridad de la noche; por lo que suspiran es para que los goces se extiendan a todos los seres que con sus deberes cumplan y no medren unos con los sudores de los otros. No tienen *envidia*, como algunos de vosotros decís; quieren solamente JUSTICIA; tenemos mucha sed de IGUALDAD.

Por más que quieran los explotadores llamarse obreros, unos de la inteligencia, de la industria otros, de la moral los de acá, de las ciencias los de allá, no es obrero sino aquel que

con sus fuerzas físicas e intelectuales produce un trabajo útil a la sociedad, de reconocida moralidad social y de verdadero progreso humano.

Creemos que gran número de ocupaciones, gran número de trabajos, son inútiles, y que sólo tienen razón de ser en la actual sociedad, que debe ser transformada para que esté conforme con la razón, la equidad y el derecho.

Hoy en la sociedad existen tres categorías entre los hombres: una de productores, otra de improductores y otra de destructores.

LOS MISERABLES

“La Federación”, 11 de octubre de 1873

Con razón más de una vez se ha dicho que existen, a más de las últimas capas sociales, entidades tan miserables como éstas, y que lo soez de la sociedad tiene en la miseria émulos con que combatir y compañeros con que contar. El último vástago del cuarto estado, un ser más raquíutico que el obrero manual, la sombra del quinto estado existe, aunque su existencia, el verdadero domicilio de tanta miseria, sea de muchos ignorado.

Búsquese, indáguese por do quiera el paradero de ese mísero humano y de seguro que nadie da con el verdadero miserable de nuestros contemporáneos tiempos.

Y, sin embargo, existe, y pesan sobre él las consecuencias de su debilidad e inercia.

En la apariencia, nadie creería hallar debajo de un pardesús o de un elegante chaqué nuestro ser explotado, sino que, por regla general, fríase a buscarle debajo una pobre blusa o una gastada chaqueta. Creen algunos, sólo explotado en última escala, al obrero que por su trabajo manual dedica once o más horas diarias en su ocupación, y no se fijan, de seguro, en otro mártir del trabajo, en el infeliz que sin exhalar una queja debe amoldarse uno a uno a los caprichos de su burgués, sin poder nunca, ni por asomo, mostrar sus lacerados puños a la explotación en un justo arrebató de su cólera.

Cábele al menos al obrero manual un desahogo; cábele al menos la huelga, la que si hoy por desgracia pierde, emprende mañana con más ardor, y día viene en que consigue sus reformas en el trabajo por la organización que tiene. Entonces cábele poder gozar algún tanto en sus victorias contra el capital; mas a este obrero no le cabe nunca ni un rayo de esperanza. ¡Desgracia sobre desgracia! Ve de cerca la explotación, presencia y deduce a regla fija el robo que se hace a los trabajadores sus hermanos y, sin embargo, su misma sabiduría le ofusca su mente para ver la explotación que se ejerce sobre él.

Grita contra los trabajadores, hace suya la causa de la burguesía, amontona el producto de la rapiña de sus amos en sus arcas, y en medio de tanta abundancia muérese de hambre el infeliz.

El peso de la sociedad cae directamente sobre él y de seguro que nadie le prevé; sólo se atiende a su porte y no se indaga la historia de su vida.

Mirémosle nosotros de cerca y abrámosle los brazos para que juntos vayamos por el mismo camino a la redención social. Este ser explotado, este hombre que dedica su saber en pro de la burguesía, con menoscabo de sí y de sus hermanos, este elegante proletario, como diríamos, es el administrador del capital individualista, el que nosotros conocemos con el apodo de *dependiente de comercio*.

Si nos fuera posible trazar aquí íntegra la historia de uno de esos hombres, bastaría para que nuestros lectores se lamentasen de la triste situación del lacayo del comercio en dos de sus principales ramos, mostrador y escritorio. La ocupación del primero, trabajo de una débil mujerzuela, dejarémosle desapercibido para ocuparnos sólo, aunque minuciosamente, del segundo, del que ha de ser, en la nueva forma de la sociedad, el obrero de la administración y del cambio.

Si no fuésemos conocedores prácticos de lo que en sí vamos a tratar, no nos ocuparíamos, en verdad, de la mísera carga que soporta esta entidad que a nuestros ojos se presenta con tanto brillo y ostentación.

Al fijar los ojos en uno de esos hombres, que elegantes y placenteros (en su mayor parte) pasan su juventud entre una orgía bulliciosa, no creeríamos ver al hombre maduro, ver al pobre en su vejez, al último eslabón de la escala social. Una juventud de placeres, si cabe llamar tales a pequeños desahogos dominicales, es el patrimonio de nuestros héroes en su juventud; el que, como consecuencia de su inclinación, debe seguir el sendero trazado por sus compañeros, en medio de los cuales se hallará, de seguro, el hijo de algún rico burgués comerciante. Aquél, igual que éste, debe consumir en sus bacanales el último ochavo de su mensualidad, mientras que al último le resta el auxilio de acudir a la caja paterna, cuando al otro no le queda otra solución que el déficit. Agobiado en deudas por su posición, y siéndole imprescindible la conservación de la colocación, debe cada día amordazar su boca ante las filípicas de su burgués, que no contento con eso y valiéndose de su precaria situación, le quita un 6 por 100 de su retribución mensual.

Buscaría otra colocación ante tamaña brutalidad, pero en la necesidad de vivir, y aún más, sin esperanza de poderla hallar, debe sumirse a acatar la voluntad suprema, y sin respuesta escuchar: «El trabajo de usted no merece más.» Este hombre ve pisotear su dignidad y, sin embargo, aunque sus fibras humanas se impresionen y de momento se subleven, ¡desgraciado si se deja arrebatar por ellas!, pues de momento negro es su porvenir. Para todo cambio de colocación necesita informes, y ¡ay! de él si son malos los de la casa de que procede. Con todo, pasemos por alto esa era de su vida, veamos miserias más reales.

Casado y con hijos, lleva la cuenta corriente de una casa comercial, recibiendo en cambio una asignación mensual de 300 a 400 reales lo más; cuando de esta cantidad ha deducido sus gastos de vestuario, arreglado al porte de la casa, cuando ha sacado los gastos caseros y de manutención, las alternativas porque atraviesa la familia, veremos que debería calzar alpargatas quien forzosamente debe gastar botas y vestir blusa aquel a quien no se la dejan vestir.

La responsabilidad de su cargo pesa sobre él y nada importa que su mujer e hijos pidan pan con tal que al salir a la calle vayan dignamente vestidos tal cual corresponde al tenedor de C.... La cantidad destinada diariamente para la compra es insuficiente; las primeras materias aumentan maravillosamente; los obreros manuales hacen huelgas; de sus consecuencias suben los artículos en el mercado y aquel que no puede hacer huelgas ve ya imposible de llenar sus necesidades con su retribución, siendo imposible pedir aumento, pues el número de los meritorios es infinito, andándose, por consiguiente, listos a llenar toda vacante que por esto ocurriese.

He aquí el quinto estado en embrión. Interin nos ocupemos exclusivamente de la resistencia, y no dediquemos nuestras fuerzas apelando a medios más útiles para la causa del proletario, veremos pasarse infructuosos nuestros trabajos y malgastarse la causa de la revolución.

Salvemos a las últimas capas sociales, curemos el mal de raíz. Para mejorar nuestras condiciones no debemos ser egoístas menoscabando a otros; quien solamente debe perder es el

capital, y por medio de la Resistencia no pierde, a la verdad, el capital, sino que el gravamen pasa a otras clases sociales.

Acéptese como pasatiempo esta resistencia para los obreros que no pueden prescindir de un pequeño arreglo, y para aquellos que sólo son socialistas para alcanzar un aumento de jornal; mas para los verdaderos internacionales dediquémonos con ahínco a subsanar esa gangrena social y derribemos hasta el último zócalo de esta sociedad sin pararnos en minuciosidades de ningún o de poco interés para la causa de la Revolución.

Los miserables de hoy deben ser el ejemplo más patente para guiar nuestros pasos por un verdadero sendero. La extirpación de la miseria

debe ser general, pues su peso no debe recaer sobre otra parte de la humanidad, inmolada hoy a la fuerza ante el ídolo capital, haciéndola heredera de una herencia más pesada que la del proletario de hoy.

Los cuadros sociales que bajo hábitos acomodados estamos hoy presenciando, estas escenas de miseria que diariamente se suceden y de las cuales no vemos más que tenues huellas, nos dan a conocer que el miserable ilustrado y vergonzante toma creces en nuestros días.

Sí bien en España no posee éste igual altura que en las otras regiones, no por esto se dejan sentir menos sus estragos fatales, las más de las veces a la causa de la Revolución.

Hagamos en buen hora resistencia al capital; mas que esta resistencia sea activa, no resistencia lenta; coaliguémonos, preparemos el terreno a la revolución, tengamos presente la segunda de las resoluciones del segundo Congreso Internacional de Lausanne, y obviemos el peligro a que puede conducirnos la creación de un quinto estado inferior a nosotros.

Hemos declarado la guerra a la burguesía y debemos cumplir nuestra consigna. Hemos de levantar los miserables de hoy de su postración indigna, y esto lo conseguiremos a medida que iremos simplificando la pequeña burguesía y convirtiendo el capital en unidades. Nuestro norte debe ser unificar los miserables de hoy en un solo cuerpo y unificar el capital en otro. Cuanto más tardemos en resolver este problema, cuanta más inclinación tengan los obreros en querer ser burgueses, en convertirse en tiranos de mañana, cuanta más crasa ignorancia se desee conservar en este género, no conseguiremos otra cosa que aumentar los miserables.

Mas si, por el contrario, se desvanecen ridículas pretensiones y conscientemente se reanuda una resistencia tenaz y decidida en todo terreno contra la explotación, habremos encauzado la Revolución y proclamado la extinción de los miserables.